

La poesía es un oficio

FRAGMENTO II

Cuando quiero recordar a Tina Modotti debo hacer un esfuerzo, como si tratara de recoger un puñado de ruebía. Frágil, casi invisible. ¿La conocí o no la conocí?

Era muy bella aún, un óvalo palido enmarcado por dos alas negras de pelo recogido, unos grandes ojos de terciopelo que siguen mirando a través de los años. Diego Rivera dejó su figura en uno de sus murales, aureolada por coronaciones vegetales y lauzas de mar.

Esta revolucionaria italiana, gran amante de la fotografía, llegó a la Unión Soviética hace tiempo con el propósito de retratar multitudines y monumentos. Pero allí, envuelta por el desbordante ritmo de la creación socialista, tiro su cámara al río Moscova y se juró a sí misma consagrar su vida a las mas humanas tareas de partido comunista. Cumpliendo este juramento la conocí yo en México y la sentí morir aquella noche.

Esto sucedió en 1941. Su marido, era Vittorio Volante, el celebre comandante Carlos del 5º Regimiento. Tina Modotti murió de un ataque al corazón en el taxi que la conducía a su casa. Ella sabía que su corazón andaba mal pero no lo decía para que no le escatimasen el trabajo revolucionario. Siempre estaba dispuesta a lo que nadie quiere hacer: barrer las oficinas una por una hasta los lugares más apartados, pasarse las noches en vela escribiendo cartas y traduciendo artículos. En la guerra española fue enfermera para los heridos de la República.

Habia tenido un episodio trágico en su vida cuando era la compañera del gran dirigente juvenil cubano, Julio Antonio Mella exiliado entonces en México. El uruguayo Gerardo Machado, mandó desde La Habana a unos pistoleros para que mataran al líder revolucionario. Iban saliendo del cine una tarde. Tina de brazo de Mella, cuando éste cayó bajo una ráfaga de metralla. Rodaron juntos al suelo, ella salpicada por la sangre de su compañero muerto, mientras los asesinos huían altamente protegidos. Y para colmo, los mismos funcionarios policiales que protejeron a los criminales pretendieron culpar a Tina Modotti del asesinato.

Doce años más tarde se agotaron silenciosamente las fuerzas de Tina Modotti. La reacción mexicana intentó revivir la infamia cubriendo de escándalo su propia muerte como antes la habían querido envolver a ella en la muerte de Mella. Mientras tanto Carlos y yo velábamos el pequeño cadáver. Ver sufrir a un hombre tan rico y tan valiente no es un espectáculo agradable. Aquel león sangraba al recibir en la herida el veneno corrosivo de la infamia que quería manchar a Tina Modotti una vez más, ya muerta. El comandante Carlos rugía con los ojos enrojecidos. Tina era de cera en su pequeño ataúd de euladía; yo callaba impotente ante toda la congoja humana reunida en aquella habitación.

Los periódicos llenaban páginas enteras de inmundicias folletinescas. La llamaban "la mujer misteriosa de Moscú". Algunos agregaban: "Murió porque sabía demasiado". Impresionado por el furioso dolor de Carlos tomé una decisión. Escribí un poema desafiante contra los que ofendían a nuestra muerta. Lo mandé a todos los periódicos sin esperanza alguna de que lo publicaran. Oh, milagro! Al día siguiente, en vez de las nuevas y fabulosas revelaciones que prometían la víspera, apareció en todas las primeras páginas mi indignado y desgarrado poema.

El poema se titula "Tina Modotti ha muerto". Lo lei aquella mañana en el cementerio de Mérida, donde dejamos su cuerpo y donde yace para siempre bajo una piedra de granito mexicano. Sobre esa piedra están grabadas mis estrofas.

Nunca más aquella prensa volvió a escribir una línea en contra de ella.

Fue en Lota, hace muchos años. Diez mil mineros habían acudido al mitin. La zona del carbón, siempre agitada en su secular pobreza, había llenado de mineros la plaza de Lota. Los oradores políticos hablaron largamente. Flotaba en el aire caliente del mediodía un olor a carbón y a sal marina. Muy cercano estaba el océano, bajo cuyas aguas se extienden por más de diez kilómetros los túneles sombríos en que aquellos hombres cavaban el carbón.

Ahora escuchaban a pleno sol. La tribuna era muy alta y desde ella divisaba yo aquel mar de sombreros negros y cascos de mineros. Me tocó hablar el último. Cuando se anunció mi nombre, y mi poema "Nuevo canto de amor a Stalingrado", pasó algo insólito, una ceremonia que nunca podré olvidar.

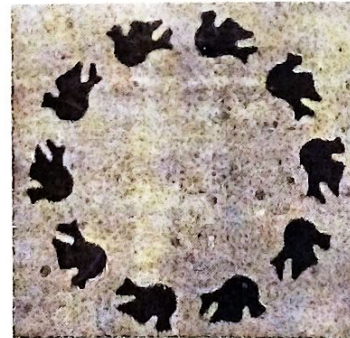
La inmensa muchedumbre, justo al escuchar mi nombre y el título del poema, se descubrió silenciosamente. Se descubrió porque después de aquel lenguaje categórico y político, iba a hablar mi poesía, la poesía. Yo vi, desde la elevada tribuna, aquel inmenso movimiento de sombreros: diez mil manos que bajaban al unísono, en una marejada indescrutable, en un golpe de mar silencioso, en una negra espuma de callada reverencia.

Entonces mi poema creció y cobró como nunca su acento de guerra y de liberación.

Eso otro me pasó en mis años mozos. Yo era aquel poeta estudiantil de capa oscura, flaco y desnutrido como un poeta de ese tiempo. Acababa de publicar *Crepusculario* y pesaba menos que una pluma negra.

Entré con mis amigos a un cabaret de mala muerte. Era la época de los tangos y de la matonería rufianesca. De repente se detuvo el baile y el tango se quebró como una copa estrellada contra la pared.

En el centro de la pista gestuculan y se insultaban dos famosos hampones. Cuando uno avanzaba para agredir al otro, éste retrocedía, y con él reculaba la multitud olfarrónica que se parapetaba detrás de las mesas. Aquello parecía una danza de dos bestias primitivas en un claro de la selva primordial.



Sin pensarlo mucho me adelanté y los increpé desde mi lacucha debilidad:

- Miserables matones, torvos sujetos, despreciables palomillas, dejen tranquila a la gente que ha venido aquí a bailar y no a presenciar esta comedia!

Se miraron sorprendidos, como si no fuera cierto lo que escuchaban. El más bajo, que había sido pugilista antes de ser hampon, se dirigió a mí para asesinarme. Y lo hubiera logrado de no ser por la aparición repentina de un puño cetero que dio por tierra con el gorila. Era su contendedor que, finalmente, se decidió a pegarle.

Cuando al campeón derrotado lo sacaban como a un saco, y de las mesas nos tendían botellas, y las ballarinas nos sonreían entusiasmadas, el gigantón que había dado el golpe de gracia quiso compartir justificadamente el regocijo de la victoria. Pero yo lo apostrofé catoliano:

- Retírate de aquí! Tú eres de la misma calaña!

Mis minutos de gloria terminaron un poco después. Tras cruzar un estrecho corredor divisamos una especie de montaña con cintura de pantera que cubría la salida. Era el otro pugilista del hampa, el vencedor golpeado por mis palabras, que nos interceptaba el paso en custodia de su venganza.

- Lo estaba esperando - me dijo.

Con un leve empujón me desvié hacia una puerta, mientras mis amigos corrían desconcertados. Quedé desamparado frente a mí verdugo. Mire rápidamente qué podía agarrar para defenderme. Nada. No había nada. Las pesadas cubiertas de mármol de las mesas, las sillas de hierro, imposibles de levantar. Ni un florero, ni una botella, ni un misero bastón olvidado.

- Hablemos - dijo el hombre.

Comprendí la inutilidad de cualquier esfuerzo y pensé que quería examinarme antes de devorarme, como el úgrec frente a un cervatillo. Entendí que toda mi defensa estaba en no delatar el ruido que sentía. Le devolví el empujón que me diera, pero no logré moverlo un milímetro. Era un muro de piedra.

De pronto echó la cabeza hacia atrás y sus ojos de fiera cambiaron de expresión.

- Es usted el poeta Pablo Neruda? - dijo.

- Sí soy.

Bajó la cabeza y continuó:

- ¡Qué desgraciado soy! ¡Estoy frente al poeta que tanto admiro y es él quien me echa en cara lo miserable que soy!

Y siguió lamentándose con la cabeza tomada entre ambas manos:

- Soy un rufián y el otro que peleó conmigo es un traficante de cocaína. Somos lo más bajo de lo bajo. Pero en mi vida hay una cosa limpia. Es mi novia, el amor de mi novia. Véala, don Pablo. Mire su retrato. Alguna vez le diré que usted lo tuvo en sus manos. Eso la hará feliz.

Me alargó la fotografía de una muchacha sonriente.

- Ella me quiere por usted, don Pablo, por sus versos que hemos aprendido de memoria.

Y sin más ni más comenzó a recitar:

- Desde el fondo de ti y arrodillado, un niño triste como yo nos mira...

En ese momento se abrió la puerta de un empujón. Eran mis amigos que volvían con refuerzos armados. Vi las cabezas que se agolpaban atónitas en la puerta.

Sali lentamente. El hombre se quedó solo, sin cambiar de actitud, diciendo "por esa vida que arderá en sus venas tendrían que matar las manos mías", derrotado por la poesía.

El avión del piloto Powers, enviado en misión de espionaje sobre el territorio soviético, cayó desde increíble altura. Dos fantásticos proyectiles lo habían alcanzado, lo habían derribado desde sus nubes. Los periodistas corrieron al perdido sitio montañoso desde donde partieron los disparos.

Los artilleros eran dos muchachos solitarios. En aquel mundo inmenso de abetos, nieves y ríos, comían manzanas, jugaban ajedrez, tocaban acordeón, leían libros y vigilaban. Ellos habían apuntado hacia arriba en defensa del ancho cielo de la patria rusa.

Los acosaron a interrogaciones.

- ¿Qué comen? ¿Quiénes son sus padres? ¿Les gusta el baile? ¿Qué libros leen?

Contestando esta última pregunta, uno de los jóvenes artilleros respondió que leían versos y que entre sus poetas favoritos estaban el clásico ruso Pushkin y el chileno Neruda.

Me sentí infinitamente contento cuando lo supe. Aquel proyectil que subió tan alto, e hizo caer el orgullo tan abajo, llevaba en alguna forma un átomo de mi ardiente poesía.

PABLO NERUDA (1904 - 1973). Poeta chileno. Premio Nábél de Literatura-1971.